

## El piano

Tic-toe tic-toc; ese era el único sonido que rompía el absoluto silencio que reinaba en el lugar. No faltaba demasiado para que la aguja mayor llegara al doce y marcara la hora completa. Los rayos de sol caían con todas sus fuerzas y las personas en sus casas abrían las ventanas al máximo tratando de invitar a la inexistente brisa que aliviara la densa atmósfera.

La academia de música se alzaba por encima del resto de los edificios color gris como un ejemplo a seguir de buen gusto y mantenimiento de primera clase. Las blancas paredes de mármol brillaban a la luz del sol como queriéndose burlar de su enojo. Pese a que en la mayor parte del año el edificio cobraba vida otorgándole a las tardes un coro de gorgojeos de diferentes sonidos y melodías, en verano parecía un museo abandonado que aun poseía parte de su magnificencia perdida.

Una cara asomaba de uno de los grises edificios clavando unos ojos expectantes en el frente, en la única habitación de la academia que tiene la ventana abierta mostrando un solitario piano negro.

Al fin la aguja mayor llegó al doce al tiempo que los ojos del espectador se agrandaban.

La habitación empezó a animarse rápidamente como si sólo hubiera estado esperando a la aguja para aportar un bien al mundo. Una puerta lateral de la habitación se abrió cediéndole el paso a una figura esbelta de blanco y larga melena dorada que ágilmente tomó su puesto delante del piano. Un par de mariposas blancas se posaron sobre las teclas y empezaron a corretear por ellas al tiempo que el silencio desaparecía más rápido que un suspiro. Las manos se movían rápido y suave, feroces o acariciadoras, al mismo tiempo que la música inundaba todo el espacio. No se sabía si eran las manos las que producían el sonido o era el sonido el que a medida que surgía señalaba el movimiento que deberían seguir los dedos, ya que la variable melodía llegaba al sublime extremo de que era imposible saber con seguridad si provenía del piano o simplemente surgía del aire.

Tan rápido como inició, la magia también ceso tan abruptamente que hizo que un sobresalto sacudiera al que ese espectáculo contemplaba. Una vez desaparecida la canción, la quietud volvió a reinar haciendo que ésta fuera aun mayor en comparación al paraíso musical de los momentos anteriores.

Así como la intérprete llegó, así se fue, dejando una estela blanca indicando su recorrido. Pero en ningún momento se volteó, ni dejó que se percibiera algo más que su irreal silueta.

Una vez terminado el episodio del piano, la criatura que observaba el suceso se separó como a su pesar de la ventana y regresó al mundo real echando un vistazo al mundo en el cual dios lo había dejado. Pese a que por su estatura y tamaño debería encontrarse en la plenitud de la vida, bastaba un vistazo a su rostro para ver el estado deplorable que deja años de permanencia con el vicio. Unos ojos hundidos recorrieron la habitación en la cual se encontraba completamente diferente a la que hasta hace un rato admiraba. Grandes secciones de la pared carecían de pintura o se encontraban con sustancias pegajosas similares al aceite. Por todo el piso brillaban pedazos de vidrio de botellas rotas y en la única mesa que había en la habitación un paquetito blanco esperaba ser abierto y su interior consumido. Lentamente el hombre se acercó a la mesa y lo desarmó con manos temblorosas. Esparció el contenido lentamente y con un pequeño tubito aspiró lentamente la droga.

Ya había oscurecido cuando la puerta del edificio se abrió y salió el hombre con paso inseguro pero firmes intenciones. El contenido del paquete había terminado, así como los recursos para conseguir nuevos suministros. En la mente embotada no parecía encontrar otro modo más preciso de procurarse nuevas drogas para olvidarse que existía.

No más llegar a la esquina una silueta oscura atravesó su camino con paso felino, era justo esto lo que el estaba buscando. Unas uñas se clavaron en la cara del hombre, pero un cuchillo se clavó en el abdomen del otro. Apenas sintió el contacto frío desapareció todo intento de defensa y se dejó caer delicadamente al suelo mientras la chaqueta negra se resbalaba por sus hombros dejando ver un atuendo

blanco y un pelo dorado. Algo chispeo en la conciencia del hombre, pero no se detuvo a reflexionar los motivos de esta premonición. Solo llevaba una pequeña cartera, pero luego de buscar entre papeles con extraños garabatos de signos raros, encontró el suficiente dinero como para poder mantenerse durante los dos siguientes días.

Otro día. Otro sol inclemente. Otra vez las ventanas abiertas buscando una inexistente brisa. Otra vez el edificio de mármol blanco se alzaba imponente entre sus marchitos vecinos. Otra aguja recorriendo infinitamente la esfera del reloj. Otra vez un hombre con cara ansiosa esperando que termine la monotonía.

La aguja llegó a las doce. Silencio. Pasan cinco minutos. Silencio.

La aguja sigue su recorrido infinito, inmutable. La habitación no revive, la puerta no se abre, el piano no canta. Silencio.

